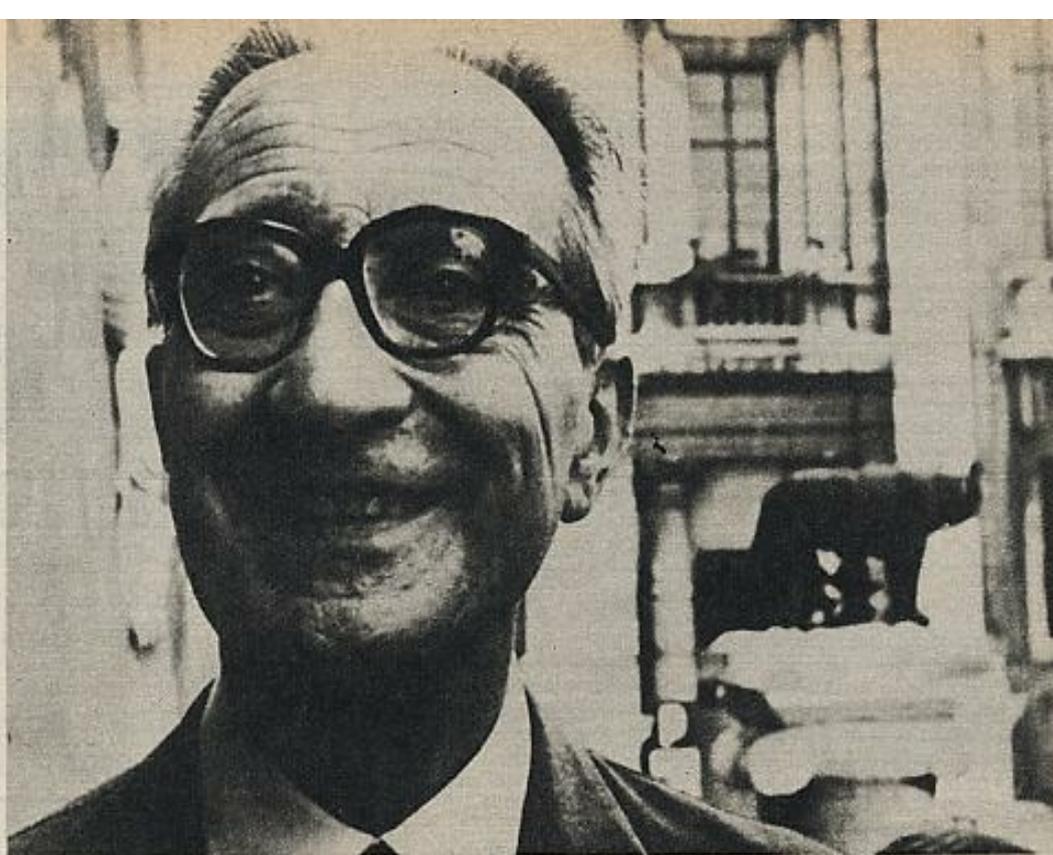


NO puedo evitar, cuando pienso en Giulio Carlo Argan —ese profesor de Historia y crítico de arte que ahora han nombrado los italianos alcalde de Roma—, que se me dibuje una sonrisa al considerar hasta qué punto tienen razón los que no están de acuerdo con su gestión profesional: "Es muy político", dicen siempre de él los que, por ser de la extrema reacción derechista, afirman muy seriamente que ellos no son políticos.

Y es verdad que Argan es "muy político". Pero cuando pienso que eso ha podido constituir alguna vez una acusación, no puedo dejar de sonreír, como si oyera de pronto que el único defecto de Pablo VI es que es "muy católico". Claro que Argan es político. Lo es tanto, que yo creo que la definición es incorrecta. No es que él sea político; es que la política es él. En alguna ocasión, y con destino a cierta tentativa, ya desechada, de aventura editorial, yo pensé en que uno de sus primeros libros sería una selección de textos de Argan, traducidos a nuestro idioma, y ya tenía pensado cuál sería el título de ese libro: "Política de la forma".

Sigo pensando en Argan y no puedo evitar que se me siga dibujando una sonrisa. Estoy seguro de que eso también es influencia suya: la sonrisa de la civilización. Yo, que le debo tanto a tantos, creo que es mi deber proclamarme, inmediatamente, discípulo de Giulio Carlo Argan. Es claro que mi campo de observación de las artes ha tenido que ser por fuerza mucho más restringido que el suyo. Yo no puedo tener ni su cultura ni su amplitud de mirada histórica. En cada una de las opiniones de Argan —y eso es muy difícil— está presente toda la historia. El se proclama marxista, yo creo que con mucha razón. Pero, en mi opinión, la peculiaridad más genuina de su condición de marxista se debe al hecho de que es fundamentalmente un historiador y que, como tal, él siempre sabe ver en todos los fenómenos que analiza, aunque sean del más riguroso presente, historia del mundo. Pero, de todas maneras, si yo pretendiera resumir en muy pocas palabras aquello en lo que él ha sido mi maestro, diría: "Argan, humanista antes que cualquier otra cosa, me ha enseñado a ver en todo la curva del humanismo; en todo: en el arte y en todo lo demás... Un humanismo que siempre acaba en una sonrisa". Claro, que yo no puedo considerarme el único discípulo de Argan en España. Para bien de la profesión arquitectónica, muchos jóvenes arquitectos, preocupados de la arquitectura y de su historia, son también sus discípulos. Y lo es,



G. C. Argan, la tradición de Roma en buenas manos.

ROMA

El alcalde Argan

me atrevo a proclamarlo desde aquí, Vicente Aguilera Cerni, el acucioso crítico del País Valenciano que, creo yo, fue el que más influyó en mí para hacerme confidente de ese magisterio.

Ahora —qué le vamos a hacer— algunas crónicas reaccionarias se quejan aquí de que el alcalde de Roma sea lo que es, como si otra vez hubiesen llegado los bárbaros al Capitolio. Y no, no es eso. Precisamente con la llegada de Argan a la alcaldía

misionaron al profesor Argan para que hiciese, en donde correspondía, el pago de la tal multa y conseguir así mi libertad. No tengo que precisar con quién y dónde fue la escena que relataré. Era, sí, un personaje importante y significativo de la vida política española. Cuando Argan expuso sus pretensiones, aquél le dijo: "Pero profesor Argan, eso no se lo podemos admitir... Porque eso es un acto político". A lo cual, Argan contestó

ese discreto magisterio que siempre saben mantener los verdaderos maestros, a base de ejemplos más que de apotegmas, callada y discretamente. Por esa vía, por la de la "civilitas" siempre vigilante, Argan me enseñó a abrirme amorosamente a las artes que estaban penetradas por el humanismo —como el renacimiento y el barroco— en vez de mantenerme en esa cerrazón sensitiva que la gente como yo manteníamos, con nuestra proclividad por las artes primitivas y medievales. Pasear por Roma, por la Roma renacentista y barroca, con Argan es un regalo impagable. No puedo dejar de recordar una noche calurosa en que velamos a Roma desde la colina donde está San Pietro in Montorio, con el palacete bramantesco por delante... Argan dejaba correr sus palabras por las curvas de cada piedra, como si las acariciara.

Resulta que ese hombre, que va a ser el alcalde de Roma, es de Turín. Pero yo creo que, si cada hombre tiene a una ciudad ligada a su estilo personal, a su forma de vida, a su talante en una palabra, la ciudad de Giulio Carlo Argan es Roma. Los italianos, todos, tienen una gran pro-

José María Moreno Galván

de Roma, Roma —nuestra Roma— tiene muchas más posibilidades de no ser ocupada por los bárbaros: Por los bárbaros que, en una ciudad como ésta —y aun como ésta—, no pueden ser hoy más que los tentáculos de la especulación capitalista.

No puedo evitar el contar aquí una anécdota de Argan, aun cuando me toque directamente el protagonismo pasivo de ella. Estaba yo en una ocasión en la cárcel, penado con una fuerte multa que, por supuesto, no pensaba pagar. Los críticos de arte italianos, reunidos, después de recaudar su importe, co-

inmediatamente: "A partir de este momento, sí, el pago de la multa de nuestro compañero Moreno Galván se transforma en un gesto político. Pero sólo ahora, usted, ustedes, lo acaban de convertir en eso". Y Argan se marchó, después de saludar cortésmente. Claro que Argan es político. Lo es tanto, que yo creo que en él se está revitalizando constantemente la conocida genealogía de lo que él es inequívocamente: habitante de la ciudad y responsable de ello.

En tanto que tal —en tanto que habitante de la ciudad—, él siempre ha mantenido para mí

clividad y una gran cercanía con la ciudad. Italia, el país menos chauvinista de Europa —del mundo—, conserva, sin embargo, algo parecido a un patriotismo de la ciudad —el *comune*, que dicen ellos, y la palabra no deja de ser significativa—, acaso determinado por la tardía conformación del Estado tras "el Risorgimento". A mí esa peculiaridad itálica me parece una gran virtud, de la que se derivan otras virtudes fundamentalmente cívicas y políticas. Pero en Argan, esa peculiaridad se acentúa porque, además de ser un italiano, es un intelectual muy conscientemente responsable de su condición civil. Realmente, no alcanzo a imaginar cómo sería un Argan campesino, como dicen que es el nuevo primer ministro sueco. Refiriéndome a él, yo le decía alguna vez, entre bromas y veras, a Vicente Agullera Cerni: "¿Y cómo está el primer ciudadano de Europa?". La broma no es total, por cuanto hay un elemento muy efectivo en mi afirmación. Ahora la idea se acentúa, al ser nombrado alcalde de la primera ciudad de Europa. Ese turinés merecía, sin duda, ese cargo, porque yo no conozco a nadie que se sintiera más identificado con la ciudad que vivía. Alguna vez recuerdo haberle preguntado: "Y bien, Giulio Carlo, en este país de ciudades, ¿cuál es, de entre todas ellas, la Ciudad?". ¡Ah!, me dijo sin dudar ni un momento, la Ciudad, indiscutiblemente, es Roma.

Qué suerte hemos tenido con que nos hayan nombrado alcalde de Roma —de nuestra Roma— a ese hombre: a un político. Hace poco me mandó el propio Argan la copia de un artículo que le había pedido "Corriere della Sera", en donde él dice lo que aspira a realizar como alcalde de Roma. Me permito incluirlo en estas mismas páginas de TRIUNFO. A través de esas líneas, los conservadores y reaccionarios que se escandalizan por el hecho de que el alcalde de Roma sea un marxista, podrán dormir tranquilos. La tradición de Roma —de nuestra Roma— está en buenas manos. Yo diría más: está a salvo mientras dure ese mandato. Giulio Carlo Argan defenderá siempre la tradición, por una razón muy simple: porque Argan es un revolucionario. Y los revolucionarios son siempre los defensores de la tradición. Los otros, los conservadores, los tradicionalistas, la derecha, no defienden nunca a la tradición, a la verdadera tradición. Esos a la única tradición que defienden es a la de sus privilegios.

Me complazco en saludar desde aquí, desde TRIUNFO, al señor alcalde de Roma. ■

El gobierno de la ciudad

Si me ha preguntado cómo, sin ser político sino historiador de arte, he llegado a la alcaldía de Roma. Bien mirado, no es tan extraño. Siempre personalmente he sostenido que existe una relación entre la historia del arte y la historia de la ciudad, que la crisis de una está indisolublemente ligada a la crisis de la otra y que, sobre todo, uno no se

barrios de chabolas. Siempre ha existido la especulación inmobiliaria, pero en la época del capitalismo en el poder, se ha visto protegida, fomentada y ha causado enormes perjuicios hasta el punto de poner en peligro a la ciudad como institución, tipo de agregado social, concentración y acumulación cultural, lugar histórico por exce-

Giulio Carlo Argan

hace historiador sin una intencionalidad política. Por lo que se refiere a Roma en particular, no me parece fuera de lugar que sea un historiador de arte quien se ocupe de ella: en el inventario de su patrimonio, los bienes culturales constituyen una voz esencial, mientras que los monumentos, las obras de arte representan una parte importante de aquél.

Ese patrimonio no está compuesto sólo por objetos raros ni es, como se dice, eterno: se trata de un contexto perecedero, deteriorado, feroz y estúpidamente dila-

lencia. Hay un punto en el que se muestran de acuerdo los sociólogos, los geógrafos urbanos, urbanistas e historiadores del arte: la civilización industrial ha arruinado a la ciudad antigua sin conseguir establecer la tipología y la morfología de la urbe moderna.

"La cité industrielle", de Tony Garin, sigue siendo tan utópica como la "Storziada", de Filarete. Pero no ha sido la dinámica propia de la función industrial la que ha contribuido a hacer mutuamente incompatibles lo antiguo y lo moderno; para dar un ejemplo, sólo Van Eas-

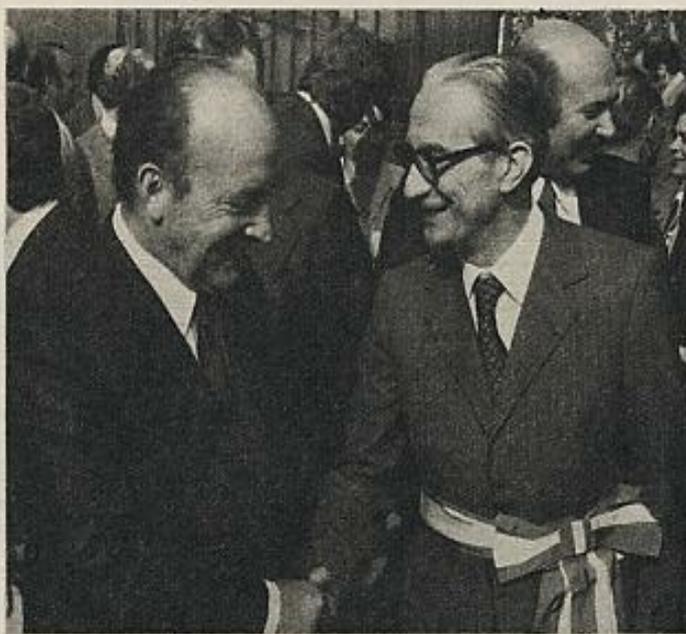
historiador del arte (y, por tanto, de la ciudad), mis ideas políticas son socialistas, y no me parece incongruente pasar de la teoría a la praxis en el momento preciso en que una coalición apoyada en los partidos de la izquierda y abierta a la contribución de todas las fuerzas democráticas disponibles se hace cargo de la administración de Roma.

¿Por qué han decidido esos partidos elevar a la alcaldía a un historiador de arte, apoyándolo con su fuerza política? Obviamente han pensado que su competencia no estaría de más a la hora de hacer frente a los problemas de fondo de la ciudad; lo cual significa que piensan plantearse los problemas de la ciudad de modo coherente con su historia. Por otro lado, la más moderna metodología historiográfica es marxista y el propio pensamiento marxista puede configurarse como historicismo.

Sé muy bien que de todos los problemas que tiene planteados Roma, el más acuciante es el financiero; pero también ese problema se inscribe en la historia de la ciudad, que no ha sido en ningún momento una máquina industrial; de ahí la necesidad de proceder en conexión con su región, para dar una nueva calificación a sus bases productivas y ampliarlas.

Por ser la capital de la República italiana y el centro de la Ecumene católica, por la inmensidad y el significado de su patrimonio cultural, por su misma situación en el mapa político, Roma debe producir servicios sobre todo; su pasividad consiste en no producirlos o producirlos mal. A finales del siglo dieciséis, para poner remedio al deficiente estado de las finanzas, Sixto V soñó con instalar una hilandería en el mismo Coliseo. Por fortuna, no llegó a hacerlo, pero Roma se salvó de la reforma urbanística de su arquitecto Domenico Fontana, quien la dotó de una nueva funcionalidad.

Producir servicios no significa tan sólo poner en marcha, en todos los sectores, organizaciones suficientes; significa también producir cultura y mantener el nivel de vida a la par con las demás capitales "mundiales": París, Londres, Nueva York, Tokio. En el siglo diecisiete, Roma constituyó el prototipo, la figura ideal de la ciudad capital; hoy, sin embargo, ha llegado a convertirse en una de las capitales más provincianas del mundo. Existen causas remotas —el cerrojo a las



Argan: "La especulación, además de ladrona, es técnicamente incapaz". En la fotografía, con Ferrera, presidente de la Junta Regional del Lazio.

pidado. Culpable máxima de tal disipación es la especulación inmobiliaria, es decir, la explotación de bienes necesarios para la vida de todos, con fines de beneficio privado. Sería facilísimo demostrar que es esa misma especulación que daña el centro histórico la que crea los "ghettos" inhumanos de los extrarradios congestionados, de los

terrenos ha proyectado el desarrollo moderno de Amsterdam de modo perfectamente coherente con su historia (pero Amsterdam ha sabido protegerse contra la explotación privada del suelo público).

El enemigo real de la ciudad es la especulación, y el enemigo auténtico de la especulación es el socialismo. He ahí por qué, siendo un

Sólo dos personas de cada cien que lean este anuncio, son capaces de distinguir un «scotch» de otro

Ponga varios whiskies escoceses distintos en vasos sin marcar y sólo dos personas, de cada cien, serán capaces de diferenciarlos.

Esto ocurre porque la mayoría de la gente compra un whisky por su etiqueta y no por su sabor, lo cual, probablemente, es motivo de que William Lawson's no sea demasiado conocido.

Los productores de William Lawson's no pretenden crear una etiqueta más, sino, simplemente un buen whisky de excelente mezcla, diferente a todos los demás.

Una combinación realizada con distintos whiskies de cereales y de malta.

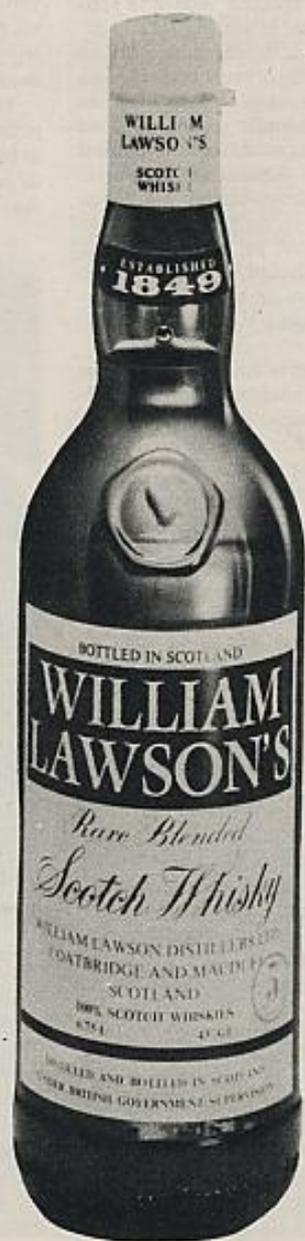
Todos ellos envejecidos por lo menos cinco años, seleccionados y mezclados cuidadosamente por nuestro experto «Blender» Hamish McLeod.

El resultado es un excelente whisky, envejecido en toneles de Jerez de madera de roble, para ofrecerle a Ud. un sabor ligeramente más suave, más maduro, y con más cuerpo que la mayoría.

Para brindar a Ud. un whisky que, tan sólo dos, de cada cien personas, son capaces de apreciar.

¿Es Ud. capaz de distinguir esta diferencia?

WILLIAM LAWSON'S SCOTCH WHISKY
Embotellado en Escocia



El gobierno de la ciudad

ideas del Iluminismo y de la revolución francesa—, pero la causa inmediata y determinante es la veloz y relativamente reciente decadencia de la cultura urbana.

Una vez más debemos hablar del urbanismo como la ciencia de la ciudad que no se ocupa tan sólo de barrios residenciales y de representación, de la distribución de los productos y de servicios, de la higiene y del tráfico. Pensemos nuevamente en la Roma "moderna" de los siglos dieciséis y dieciocho, desde el Bernini hasta el Valadier: una proporción perfecta entre arquitectura y paisaje (léase: civilización y Naturaleza) a ambos lados de la doble asa de un Tiber todavía no amurallado como una cloaca. Fue la última afirmación de la cultura urbana de Roma. Tras el paréntesis del mediocre y deshonesto urbanismo de los burócratas piamonteses (Vía Nazionale, añadido burgués de Prati) comenzó el escándalo de los parques destruidos y de las villas cegadas; de las superficies hipotecadas, acaparadas y objeto de continuos cambalaches; de las casas acuarteladas, de los barrios-dormitorio del extrarradio: una turba de roedores voraces e insaciables, de aristocracia negra y de prelados, burócratas y negociantes, politicistas y aventureros. Un vergonzoso capítulo de la historia de Italia, que en un historiador inglés bautizó el "tercer saqueo de Roma", y que todavía no ha terminado porque primero le llegó el turno al fascismo y a su política de "saneamientos" y derribos, con una monumentalidad macarrónica que cubría la primera especulación en el centro histórico, luego vino el desenfreno de los grandes y pequeños constructores de chalets, la rápida propagación de populosas barriadas, inhospitalarias e intransitables, que no resuelven ningún problema y los agravan todos, demostrando que la especulación, además de ladrona, es técnicamente incapaz.

Cuando se habla de la decadencia cultural de Roma no se alude tan sólo a la falta de iniciativas en pro de la cultura, a la poca vitalidad de los entes culturales y de las academias, a los monumentos en peligro y semicerrados, a la insuficiencia de las escuelas, a la ruina de la Universidad, a la parálisis de la investigación científica, al aislamiento de los institutos extranjeros. Todo eso existe, por desgracia, pero preocupa sobre todo la casi total

ausencia de eso que Servis Mumford compendia bajo la etiqueta de "Culture of cities" (cultura de las ciudades) y que sería, en síntesis, el movimiento de la inteligencia y el acto de la conciencia que transforman al habitante en ciudadano.

Quisiera referirme una vez más a Van Eesteren, el amigo de Mondrian, que llegó a ser arquitecto-jefe del ayuntamiento de Amsterdam. En un enorme desván del palacio del ayuntamiento, Van Eesteren hizo colocar una gran maqueta de la ciudad con pasarelas que le permitían estudiarla desde todos los ángulos, y allí pasaba el día entero discutiendo con sus colaboradores y los ciudadanos interesados las mínimas intervenciones en el tejido urbano. Cuán distinto de nuestros planos reguladores nacidos en medio de dificultades y compromisos infinitos, recortados y variados luego mil veces hasta acabar casi en el olvido, mientras surgen por todas partes construcciones que se convierten *ipso facto* en ilegítimas.

Se aproxima una fecha decisiva para el destino de Roma. Me reflejo a las elecciones para las circunscripciones, la descentralización de la administración ciudadana. Como todos los cambios decisivos, éste exige a la vez decisión y prudencia. No debe quedarse en la formación de organismos interesados tan sólo en los problemas de barrio: la circunscripción no debe fomentar el folklore de comarca, al igual que la región no debe tampoco promover el provincialismo. Se trata, por el contrario, de ofrecer un planteamiento de base, utilizando una amplia red de informaciones, a los problemas de cultura urbana por los que Roma está atravesando un momento tan difícil, problemas que no encontrarán solución orgánica a menos que se devuelva a la comunidad ciudadana la identidad, la iniciativa, la autonomía que han perdido.

De la política que en ella se hace, bien sea en el Quirinal, bien en el Vaticano, Roma no puede limitarse a ser el escenario berniano o piranesiano; para tener una función política propia debe darse a sí misma una cultura urbana. Resígnese Roma a ser "civitas" en lugar de "urbs", y olvide su condición de "rectora de un imperio"; aprenda, por el contrario, a gobernarse con honestidad, sin confiar ciegamente en la peligrosa fama que le han labrado de ciudad eterna. En el fondo, no es más que una ciudad antigua que trata de volverse moderna, y que puede conseguirlo sin perder ni falsear la memoria de lo que ha sido. ■



IN-VERI/76

¿No se da Vd. cuenta de lo que sucede con la mayoría de sus amigos? .

De como van perdiendo su cabello poco a poco y no pueden evitar la caspa.

¿Ha pensado que quizás no usan el producto adecuado? .

Un producto que tenga como base el azufre y por tanto aporte los elementos indispensables para la vida y salud del cabello.

Un producto con acción reguladora a través de los extractos vegetales que contiene.

Si quiere prevenir la caída del cabello o tiene caspa...

Loción de Azufre **Veri** Más le vale.